

Niños vagos en la colección fotográfica del Museo Histórico Nacional, c. 1945-1973

Vagrant children in the photographic collection
of the National Historical Museum, c. 1945-1973

Jorge Rojas Flores*

RESUMEN: En las décadas de 1950 y 1960, la vagancia infantil fue un tema de preocupación para las autoridades, la opinión pública y algunas iniciativas de beneficencia en Chile. No solo representaba una faceta incómoda de la modernidad, con sus eternas contradicciones, sino que hizo visibles los límites de las políticas enfocadas en la disminución de la pobreza. La dimensión del problema quedó plasmada asimismo en la literatura, el cine y la fotografía periodística. A través de una selección de fotos de la colección del Museo Histórico Nacional, el presente artículo indaga en la imagen que este medio proyectó de los niños de la calle y reflexiona sobre el potencial y las limitaciones de este tipo de fuente histórica para conocer el pasado.

PALABRAS CLAVE: vagancia infantil, infancia en Chile, pobreza, fotografía

ABSTRACT: In the 1950s and 1960s, child vagrancy was a matter of concern for the authorities, public opinion and some charitable initiatives in Chile. Not only did it represent an uncomfortable facet of modernity, with its eternal contradictions, but it also made visible the limits of policies focused on poverty alleviation. The scale of the problem was also reflected in literature, film and journalistic photography. Through a selection of photographs from the collection of the National Historical Museum, this article explores the image that this medium projected of street children and reflects on the potential and limitations of this type of historical source for learning about the past.

KEYWORDS: child vagrancy, childhood in Chile, poverty, photography

* Doctor en Estudios Americanos y docente de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autor de *Historia de la infancia en el Chile republicano, 1810-2010* (2010, reeditado en 2016). Se ha especializado en el siglo XX chileno y ha publicado varios libros y artículos sobre comunismo, movimiento obrero, infancia, políticas públicas, transformaciones económicas y cultura de masas. Código ORCID: 0000-0003-1073-5193.

Cómo citar este artículo (APA)

Rojas, J. (2023). *Niños vagos en la colección fotográfica del Museo Histórico Nacional, c. 1945-1973*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. <https://www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl/publicaciones/ninos-vagos-en-la-coleccion-fotografica-del-museo-historico-nacional-c-1945-1973>

Introducción

El objetivo de este estudio es analizar y contextualizar 73 fotografías del Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional (MHN) datadas entre 1945 y 1973, y clasificadas, en su mayoría, bajo la temática de «vagancia y abandono infantil» —realidad de la cual varias han terminado siendo icónicas—. A partir de ese hilo conductor, nos proponemos indagar cómo la sociedad representaba a este tipo particular de infancia durante el período mencionado.

Más de dos tercios de las imágenes proviene de la colección de la Editorial Zig-Zag, traspasada a Quimantú durante el gobierno de la Unidad Popular; las restantes pertenecen a colecciones particulares adquiridas por el MHN, como las de Miguel Rubio, Heliodoro Torrente y Marcos Chamudes. De las 73 fotografías que se revisaron, solo 30 (es decir, un 41 %) cuentan con la identificación del autor. Los nombres de estos corresponden a figuras destacadas del fotoperiodismo: Miguel Rubio Feliz, José Muga Muga, Marcos Chamudes, José Carvajal, Ismael Álvarez, Julio Troncoso Briones, Juan Silva y Pedro González.

De algunos de ellos tenemos más referencias. Es el caso de Rubio, quien, proveniente de una familia de fotógrafos, cofundó (junto con Muga) la Unión de Reporteros Gráficos en 1938 y recibió el Premio Nacional de Periodismo en 1979. También de Marcos Chamudes, que se inició en el oficio en los años 40, durante su residencia en Estados Unidos y Europa. Los restantes nombres pertenecen a una generación posterior de fotógrafos, activa a partir de los años 60, tanto en Zig-Zag como en Quimantú (Berestovoy, 2000; Rodríguez, 2011).

Conocer el uso específico que se hizo de estos registros visuales es todavía una tarea pendiente. Aunque sabemos que estuvieron disponibles para ilustrar la vasta oferta de publicaciones periodísticas de la época, ignoramos por el momento cuándo, dónde y cómo fueron utilizadas, salvo contadas excepciones. Así y todo, la muestra seleccionada permite establecer ciertos rasgos generales de las fotografías asociadas con la infancia abandonada y la forma en que el contexto de producción pudo influir en su contenido.

Para analizar la forma en que estas imágenes proyectan una representación de la vagancia infantil entre 1945 y 1973, nos detendremos primero a revisar el contexto histórico y social de la época, a fin de precisar el lugar que ocupaban en él los niños de la calle.

Pobreza e infancia callejera

En los años 60, la promesa de alcanzar el desarrollo a través de un rol activo del Estado era puesta en duda por varios sectores de la sociedad, que ya no se adherían al optimismo de los años 40. Pese a que las transformaciones eran evidentes, había consenso respecto de que las expectativas no estaban siendo satisfechas, sobre todo para la población campesina que se había sumado a los cordones de pobreza en la periferia santiaguina. El proceso estaba estancado, y se hacía necesario un cambio de rumbo, lo que dio pie a un agitado ambiente de demandas sociales y políticas (Ahumada, 1959; Pinto, 1959; Cavarozzi, 2017).

Este pesimismo convivía con la atracción que seguía ejerciendo la migración hacia Santiago, la principal urbe del país, donde las posibilidades de empleo eran mayores, y se concentraban la entretención, el comercio y los servicios. A pesar de las dificultades que implicaba el acceso a la vivienda (hasta inicios de los años 50 se construían apenas 1500 viviendas sociales al año, sobre un déficit de 200 000 [Garcés, 2002]), la capital creció a un ritmo vertiginoso: primero afloraron las poblaciones callampa, como las que surgieron en el cerro Blanco, alrededor del zanjón de La Aguada y a lo largo del río Mapocho; más adelante, se sumaron las tomas de terreno. Si bien desde el gobierno de Jorge Alessandri se pusieron en marcha políticas públicas de construcción masiva (las cuales dieron origen a poblaciones como la San Gregorio y José María Caro), el déficit no logró reducirse, por la permanente afluencia de migrantes del campo a la ciudad (Garcés, 2002; De Ramón, 2000).

Aunque en la periferia ya habían surgido barrios acomodados con cines, vida comercial y espacios segregados para el desarrollo residencial e industrial, el centro seguía concentrando gran parte de la actividad social, económica y política del país. Allí estaban las casas matrices de los bancos, las más importantes casas comerciales y los principales cines. En esta zona se encontraban también los terminales de buses (Plaza Almagro, Mapocho) y las estaciones de trenes (Alameda y Mapocho), y todavía funcionaban algunas grandes fábricas. Para la población que vivía en la periferia, viajar al centro era inevitable, pues allí disponía de una mayor oferta de bienes y podía acceder a espectáculos únicos.

Las múltiples expresiones de la modernidad que se observaban en esta parte de la ciudad contrastaban con los vestigios del Chile tradicional y subdesarrollado. En la película *Largo viaje* (1968) de Patricio Kaulen se puede

apreciar la tensión entre los flamantes edificios y el miserable conventillo donde se inicia la historia, realidades separadas por pocas cuerdas de distancia.

En este escenario de transformaciones, uno de los fenómenos que parecía resistirse a cambiar era la presencia de niños vagando por el centro de Santiago. Aunque los esfuerzos del Estado y de algunos privados por mejorar la situación de los niños pobres se remontaban a fines del siglo XIX, no fue sino hasta la implementación de las políticas de Protección de Menores (1928) y de Medicina Preventiva (1938) que la alta mortalidad infantil, el abandono, la desescolarización y la desnutrición comenzaron a ser contenidas (Illanes, 1990, 1993). Con todo, un segmento de la población infantil permanecía ajeno a los beneficios de tales iniciativas.

Varias transformaciones institucionales buscaron resolver los problemas que parecía arrastrar el modelo proteccional de menores, que no lograba reeducar, regenerar o reintegrar a aquellos que se habían desviado del desarrollo esperado por no estar escolarizados, por el abandono de sus padres y por una suma de otros factores complejos de enfrentar. En ámbitos como la criminología, la medicina, la psiquiatría y el trabajo social (Weinstein, 1960) se multiplicaron los estudios que buscaban describir la condición de estos menores y proponer acciones efectivas de intervención. Los diagnósticos, sin embargo, coincidían poco y parecían basarse más en prejuicios que en técnicas rigurosas de investigación. Por ejemplo, mientras algunos estudios, a partir de la aplicación de *tests*, atribuían a los niños de la calle altos niveles de debilidad mental, otros resaltaban su capacidad de adaptación, rasgo que los hacía, incluso, más inteligentes que el promedio (Balboni, 1960).

Las incipientes políticas sociales de los años 20 quedaron en relativo suspenso con la crisis de 1930. El recién inaugurado Politécnico de Menores Alcibíades Vicencio (1928), una moderna institución de reeducación de niños delincuentes y abandonados situada en un amplio predio semirural en San Bernardo, logró sobrevivir, aunque sus instalaciones debieron esperar mejores tiempos para entrar en funcionamiento —y algunas nunca llegaron a levantarse (Rojas, 2018)—. Subyacía a este proyecto la idea de que el trabajo, la vida al aire libre y el distanciamiento de la ciudad favorecerían la rehabilitación de los niños en «situación irregular». En los años 40 se agregaron otras iniciativas, como la Ciudad del Niño (1943), que ofrecía un modelo de internado en pequeñas unidades familiares.

Aun así, estas instituciones no estaban adaptadas para los niños de la calle. Una de las primeras que ofreció hospedaje transitorio fue el Ejército

de Salvación, a través de su hogar nocturno. En 1944 se sumó el Hogar de Cristo, bajo una modalidad más abierta, que permitía a los muchachos entrar y salir. En 1948 surgió la obra *Mi Casa*, dirigida por el sacerdote Alfredo Ruiz Tagle, y en 1953, el Refugio de Cristo, en Valparaíso. Ese mismo año, el Hogar de Cristo extendió su atención a las niñas. En 1956 empezó a funcionar la Ciudad del Niño en Concepción, bajo la dirección del sacerdote René Inostroza. Poco antes, la Casa Nacional del Niño había creado el Hogar Nocturno Infantil, también para acoger a niños de la calle (Balboni, 1960; Inostroza, 2006).

La ausencia de registros confiables impide evaluar la efectividad de estas medidas. Los más pesimistas pintaron un cuadro sombrío: en principio, la mayor cobertura educacional y las múltiples formas de protección social implementadas debían haber reducido el margen para la infancia callejera, pero no todos coincidían en que esto fuera efectivo, lo que sembraba la desconfianza respecto de las posibilidades del modelo desarrollista (Pinto, 1959; Ahumada, 1959). De hecho, las políticas de desarrollo económico no necesariamente generaban inclusión social, porque también producían subempleo informal y mal remunerado, como el comercio ambulante (Vergara, 2022). Por lo demás, el factor económico no era el único que determinaba la situación de estos niños: también influían factores afectivos, de desestructuración familiar, alcoholismo y violencia. En algunos casos, el niño abandonaba progresivamente el hogar; en otros, era lanzado a la calle por algún conflicto (Balboni, 1960; Montero, 1967).

El Estado osciló en su actitud frente a la presencia de niños vagos en la vía pública. En el invierno de 1962, por ejemplo, el Ministerio del Interior aplicó una política de «limpieza» de las calles de Santiago, posiblemente asociada a la exposición pública que trajo consigo el Mundial de Fútbol, que se desarrolló durante la primera quincena de junio; al parecer, la campaña resultó efectiva en el corto plazo, pues varios centenares de niños fueron internados (Montero, 1967). En general, sin embargo, lo que ocurría era que, cuando surgían denuncias por la proliferación de robos o se superaba cierto nivel de incomodidad entre los transeúntes, se organizaban redadas policiales y los niños eran recogidos, a veces fichados y, en la mayoría de los casos, nuevamente dejados a su suerte. El resto del tiempo, simplemente se toleraba su presencia, como reconociendo tácitamente lo complejo que resultaba erradicar la vagancia (Balboni, 1960).

Para sobrevivir, los niños vagos se desempeñaban como lustrabotas, suplementeros cantores en micros, vendedores ambulantes y «corteros» (ayudantes

en el traslado de bultos), ocupaciones que no eran fijas y que, en muchos casos, escondían la mendicidad («macheteros») e, incluso, algunas actividades delictivas (robo, hurto) (Balboni, 1960). Hasta los años 40, la mayor parte se concentraba en los dos primeros oficios. En el caso de los lustrabotas, el Hogar de Cristo fue el principal impulsor de que los niños de la calle ejercieran esta actividad (Rojas, 2006). Con el tiempo, se consolidaron como gremio y obtuvieron permisos municipales. Algo similar ocurrió con los suplementeros, quienes mejoraron su condición y se organizaron en sindicatos en la década de 1960. Para entonces, al menos en Santiago, el oficio estaba en manos de adultos, y los pocos niños que todavía lo practicaban pertenecían a familias dedicadas a esta actividad.

Varias instituciones de acogida a niños de la calle ampliaron su cobertura de protección en los años 60, sumando más hogares y residencias transitorias, y multiplicando la matrícula. También algunas comisarías de Carabineros crearon hogares para los niños de la calle. La primera de estas experiencias se originó en Concepción luego del terremoto de 1960, sobre la base de un club de menores creado un año antes por iniciativa del capitán Alfredo Vicuña. La situación de los niños de la calle en esa ciudad era compleja, ya que, a falta de un lugar especial para acogerlos, eran derivados a la sección de menores de la cárcel. Por el contrario, este nuevo establecimiento fundado al alero de la institución policial contemplaba un sistema abierto donde, a fin de fomentar en los niños el valor del esfuerzo, se les autorizaba a trabajar como lustrabotas (Balboni, 1960). A partir de 1962 la experiencia se replicó en Santiago, surgiendo varios hogares de menores asociados a comisarías. En 1963, cuando la propia institución consideró que el entusiasmo estaba desviando recursos y tiempo en actividades que no podía cubrir, se creó la Fundación Niño y Patria, encargada de canalizar el apoyo que estos hogares recibían (Rojas, 2016).

Pero, ¿cuál era la real magnitud del fenómeno en el período que nos ocupa? En 1958, el Hogar de Cristo y la Fundación Mi Casa calculaban que había entre 300 y 600 niños vagos en Santiago (Montero, 1967). Cuatro años después, en el invierno de 1962¹, la ya mencionada política de «limpieza»

¹ El tema de los niños vagos parece haber adquirido especial protagonismo en 1962. Por encargo de la agencia Magnum, ese año Sergio Larraín realizó el documental *Niños vagabundos*, de cuatro minutos de duración (Ortega, 2014); la pieza fue exhibida en el Museo Nacional de Bellas Artes durante la exposición retrospectiva dedicada al autor en 2014 (disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=-MasvV2uK4ns>). También en 1962 el Teatro de Mimos de Noisvander presentó en la Sala Antonio Varas la obra *Historias para reír*, que tenía a los niños vagabundos como figuras centrales (Orellana, 1962).

del centro de la ciudad promovida por la Dirección de Asistencia Social sacó de las calles a 296 niños (aunque no todos eran vagos): 216 fueron llevados al Hogar de Emergencia, y los restantes 80, a la recién creada Comisaría de Menores (Montero, 1967). En 1963, un estudio encargado por la Comisión Interministerial detectó a 50 niños que dormían en la calle (Montero, 1967). Por entonces, el doctor Carlos Nassar, una autoridad en la materia, estimaba que había 400 000 niños y adolescentes en «situación irregular», categoría de límites poco precisos y que era estimada a partir de criterios muy amplios, incluyendo a los deficientes mentales, los ciegos y los sordos (Montero, 1967).

En 1964, la Fundación Mi Casa elevaba su estimación anterior a 3500 niños en las calles de Santiago: de ellos, 2500 eran, simplemente, vagos (habitualmente vivían en la calle, de limosnas y pequeños hurtos), mientras que los otros 1000 formaban parte de pandillas y operaban en grupo (Montero, 1967). Al año siguiente, la polémica por las cifras continuaba: mientras algunos hablaban de 50 000 niños vagos, basándose en las detenciones practicadas por Carabineros, otros consideraban que esta cifra sobrerrepresentaba la realidad, debido a la reincidencia (Hurtado, 1965). El sacerdote Carlos Hurtado (1965), de hecho, calculaba que no había más de 500 menores deambulando por las calles de Santiago.

Representaciones de la infancia callejera

Salvo que transitemos por los lugares que ellos frecuentan o habitan, en sociedades complejas y masivas es más común conocer a los niños de la calle a través de relatos noticiosos, fotografías, caricaturas, documentales y películas que de la experiencia directa. En todas estas modalidades, el referente está presente, no es abstracto ni irreal, pero resulta lejano; lo que apreciamos es su representación, es decir, el resultado de un proceso de sustitución que hace presente lo ausente a través de una suma de símbolos al interior de una comunidad que comparte un lenguaje (Hall, 1997).

En Chile, la novela social representó con frecuencia la niñez popular. Obras como *El roto* (1920), de Joaquín Edwards Bello; *La mala estrella de Perucho González* (1935), de Alberto Romero; *La sangre y la esperanza* (1943), de Nicomedes Guzmán, y *La vida simplemente* (1951), de Óscar Castro, todas ambientadas en conventillos y prostíbulos, reflejan el lugar que ocupa la infancia en el drama social que encierran estos sitios. Unas pocas obras tienen como protagonistas a niños de la calle, siempre aventureros y difíciles de domesticar: a veces se los representa liberados de culpa, aunque aplastados por

un destino cruel; en otros casos, la educación los salva de la perdición. Estas diferencias a veces suelen obedecer a la finalidad de la narrativa: la denuncia que conmueva, la simple entretenición o la enseñanza edificante (Rojas, 2016). En *Zoquete* (1949)², Daniel Pérez Carvallo describe las andanzas de un grupo de niños vagos. El protagonista logra salir de ese ambiente gracias al amor recibido en Mi Casa. En *Novela de Navidad* (1964), Enrique Lafourcade muestra las carencias de un grupo de «pelusitas» del Mapocho que viaja a Valparaíso y descubre el engaño de don Jaime. En la obra hay camaradería, amistad y esperanza, además de cierta dosis de picardía.

Socavando esa representación romántica de la infancia predominante en la novela social, *El río* (1962) de Alfredo Gómez Morel se distingue por su realismo y crudeza. La marginalidad aparece dibujada en su forma más desalentadora y agobiante, aunque detrás de un cierto realismo salvaje y de la lucha descarnada por la sobrevivencia se esconden pequeñas dosis de humanidad. Basada en la vida de su autor, la novela muestra una realidad donde las formas en las que ejercen el poder y el sometimiento los niños vagos no parecen muy distintas de las que practican los adultos. El relato no da respiro, y no parece haber un interés del autor por evidenciar alguna perversión o desviación mental. Solo la literatura ofrece esta licencia de representar escenas sórdidas y de brutal violencia, que apenas podemos imaginar, protagonizadas por niños.

El cine, en tanto, tiene cánones propios, y uno de ellos lo ofrece el realismo italiano, con su particular representación de la pobreza y la injusticia, como en *Ladrón de bicicletas* (1948), de Vittorio de Sica. Una historia similar, pero en su versión local, es la que vemos en *Valparaíso, mi amor* (1969), de Aldo Francia. En ambos casos, un robo por necesidad desencadena la tragedia. La pobreza lleva al desamparo, sin aparente salida.

En la fotografía, los niños de la calle ocupan un lugar importante. Como manifestación visible de la cuestión social, era frecuente verlos retratados a inicios del siglo xx en el marco de campañas a favor de su escolarización o bien de iniciativas como orfelinatos, gotas de leche y refectorios. Las instituciones creadas para la protección infantil en los años 20 no siempre tuvieron éxito en retener a estos niños, y la prensa se encargó de retratar, cada cierto tiempo, los problemas derivados de la vagancia y la delincuencia infantil. En general, estas imágenes tempranas estaban recargadas de moralización y llamados a mantenerse alerta ante la niñez en riesgo, como se observa en una fotografía

² El libro fue reeditado en 1951 y 1961.

publicada en 1907 por la revista *Zig-Zag* bajo el título «Por la pendiente del vicio»: en ella se ve una escena de niños de la calle apostando en el tradicional juego de la «chapita» (*Zig-Zag*, 3 de marzo de 1907).

Ciertamente, las imágenes provocan sensaciones, a partir de la percepción que asocia lo que se muestra con lo que es invisible y no está presente. Pero también entregan información más objetivable, sobre todo cuando se trata de fotoperiodismo. De ahí que las fotografías enfocadas en la infancia desvalida o abandonada ofrezcan una doble dimensión de análisis: nos pueden dar luces sobre lo que vivían los niños de la calle, pero siempre bajo el tamiz subjetivo del fotógrafo, que selecciona un ángulo y una gestualidad específicas, y congela un momento. En este caso, se espera que no haya escenificación del ambiente ni una pose por parte de quien va a ser representado, como sí ocurre en la fotografía artística —aunque a veces la frontera entre esta y la fotografía documental puede ser muy difusa—.

En definitiva, la ilusión de que la realidad se hace presente tal cual es en la imagen fotográfica —como ocurre también con el cine— es un elemento indisoluble de la experiencia de ver una foto. No obstante, siempre hay en ella algún grado de manipulación, desde la forma más abierta a la más sutil (Fontcuberta, 1997).

Niños de la calle en la colección de fotografías del MHN

En los años 60, se acentuó la crítica social a la pobreza y marginalidad en las que vivían miles de chilenos, en abierto contraste con las expectativas asociadas a la modernidad y el desarrollo. Esta discrepancia generó un ambiente de mayor politización entre los intelectuales y artistas, quienes expresaron su visión del fenómeno de diversas formas: algunos, adoptando un tono de denuncia, y otros, ofreciendo una mirada más alentadora. Lo anterior se manifestó también en el ámbito de la fotografía, como lo refleja el trabajo de dos autores presentes en las colecciones del MHN.

En 1955, Sergio Larraín (1931-2012) remeció con su serie «Niños vagabundos», donde rescata con profundo lirismo el drama cotidiano de los muchachos que deambulaban en La Vega y la ribera del río Mapocho (Sire y Leiva, 2013; Brandt, 2020). Sin ser el primero en retratar a los niños de la calle, Larraín se destacó por hacerlo con un sello peculiar, intimista y profundamente humanizante: la fragilidad de sus cuerpos parecía ser negada por la rudeza del entorno, aunque sin eliminar del todo cierto candor en la mirada. La obra de Larraín estaba cargada de angustia, pero no solo por lo

que se vivía en países subdesarrollados como Chile, sino también por todo lo que rodeaba a la modernidad, asociada al individualismo y la cosificación de la vida (Brandt, 2020). Sus imágenes constituyen un reclamo contra la indiferencia de la sociedad frente al dolor que estaba ahí, a la vista de todos.

Perteneciente a una generación anterior a la de Larraín, Antonio Quintana (1904-1972) expresó su sensibilidad social y política de un modo distinto. Aunque representó también los ambientes populares, su trabajo se enfoca en la figura del obrero, al que retrató con un tono más épico y esperanzador. En su obra aparecen los niños pobres, pero en escuelas y poblaciones obreras, siempre limpios, con delantales blancos y rostros tranquilos.

Como se puede apreciar a partir de estos dos ejemplos, las imágenes de niños en la colección fotográfica del MHN responden a diversas tradiciones y no constituyen un cuerpo homogéneo. La selección que examinaremos a continuación capta, en términos generales, el rostro poco amable de la modernidad: en este sentido, sigue más a Larraín que a Quintana, aunque también recoge la sensibilidad algo romántica hacia los niños compartida por ambos autores.

Para analizar el contenido de las fotografías, nos enfocaremos primero en el aspecto físico que exhiben los niños; luego, nos detendremos en las actividades que realizan y la sociabilidad que desarrollan entre sí; y, finalmente, observaremos la intervención de instituciones privadas de protección. Tras revisar el contenido, pondremos atención a la forma en que este proyecta sensaciones o emociones.

Quizás uno de los rasgos más característicos de los niños de la calle sea la suciedad de sus cuerpos y vestimenta, cuyo aspecto hace visible el desamparo en el que viven (Balboni, 1960). Pies y manos ennegrecidos, marcados por verdaderos surcos; cabello enmarañado, largo y terroso; prendas descosidas y desgarradas en jirones aparecen de manera recurrente en las imágenes (y, posiblemente, constituyen el elemento distintivo que lleva a identificar a estos niños como «vagabundos»). La apariencia de uno de ellos, fotografiado en dos ocasiones, denota una condición de abandono casi total (fig. 1; FC-8953, FC-8976). Otros parecen tener mejor suerte, pues usan calzado y no resaltan tanto por su suciedad; cabe la duda, incluso, de si el fotógrafo asiló su condición de pobres al abandono (FB-15421).

Toda esta caracterización corresponde, principalmente, a niños varones. Existen también registros fotográficos de niñas que viven en la calle, pero siempre en escenas tomadas dentro de hogares, que veremos más adelante. En un folleto producido para Fundación Mi Casa (1965), Sergio Larraín

retrata a dos niñas caminando en la calle: su aspecto es mucho más cuidado en comparación con el desaseo que exhiben algunos niños. Según Montero (1966), muchas de las niñas que llegaban a la Casa de Menores habían ejercido algún tipo de prostitución. Balboni (1960) les atribuye una posición de liderazgo al interior de las pandillas: en su opinión, ellas eran más «peligrosas y vivas» que los niños (p. 64).

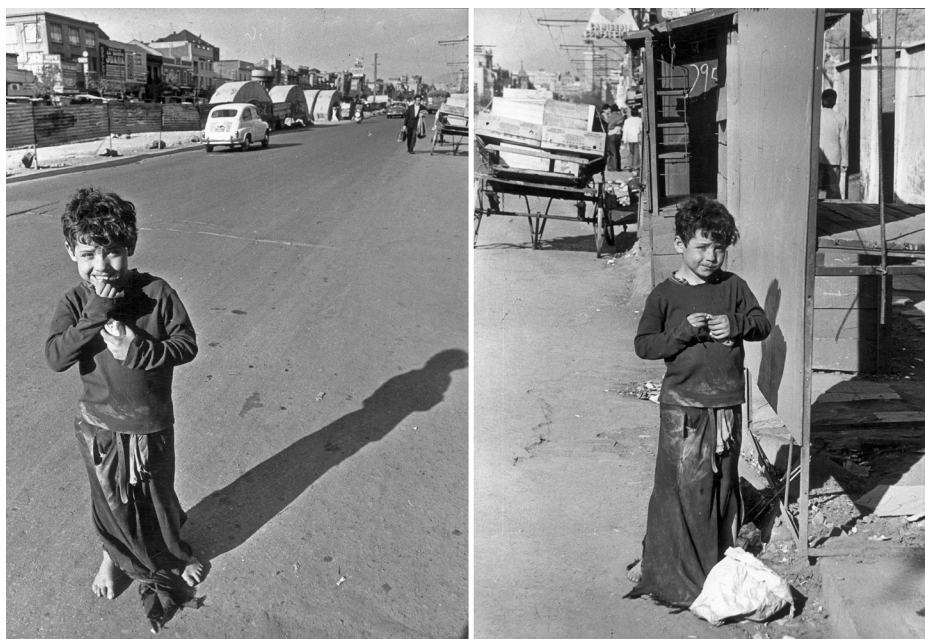


Figura 1. Autor desconocido. Niño de la calle vestido con harapos, c. 1965. Museo Histórico Nacional, Fondo Zig-Zag/Quimantú, n.º inv. FC-8953 y FC-8976.

La condición material de la vestimenta no siempre permite determinar si estamos o no frente a un niño vago. En una foto que data, posiblemente, de 1965, dos muchachos miran hacia el interior de una tienda que parece ser una juguetería. Visten de modo distinto: el de la izquierda lleva un overol (prenda que volverá a aparecer más adelante), muy propio de los hogares de menores, mientras que el de la derecha va descalzo y usa pantalones cortos, con tirantes. A diferencia de otros niños retratados en la muestra analizada, los de esta imagen no lucen sucios, y es posible que no hayan vivido en la calle o que su presencia en ese espacio haya sido temporal o reciente. Así y todo, el fotógrafo —o, quizás, el encargado del archivo de prensa— clasificó la imagen como una manifestación de «vagancia infantil».

Los niños vagos retratados en los años 60 no aparecen desarrollando una actividad económica particular. Deambulan por las calles, los puentes y la ribera del río Mapocho, con cierta displicencia, sin ocupación aparente. Curiosamente, tampoco se les retrata practicando la mendicidad, es decir, pidiendo dinero a los transeúntes. La única excepción la constituyen algunas imágenes que muestran a niños recolectando basura: a veces, la fotografía solo destaca a los niños, sentados sobre grandes sacos o hurgando en basureros (FC-8946), sin embargo, la presencia de adultos hace presumir que, quizás, formaban parte de familias dedicadas a ese oficio (especialmente teniendo en cuenta que se trata de una actividad que demanda cierta organización). De ser así, no tendrían por qué ser considerados como niños abandonados ni vagos, como parecen haber dado por sentado quienes clasificaron estas imágenes en los archivos fotográficos (FC-8956). Por lo demás, los estudios de la época (Balboni, 1960) no describen a niños de la calle realizando actividades de recolección de basura, lo que refuerza la idea de que no corresponden a menores en esa situación.

La sociabilidad cotidiana de la infancia callejera también quedó retratada. Algunas imágenes destacan momentos de esparcimiento. En una, por ejemplo, dos muchachos miran a la cámara, recostados sobre el césped, mientras uno de ellos fuma (fig. 2; FC-8966). Podría atribuírsele una connotación negativa, sin embargo, en el semblante de los niños no predomina la suciedad ni el cabello enmarañado. La escena nos recuerda una foto similar de Sergio Larraín, de 1965, aunque en este último caso la candidez ha desaparecido, y la expresión de la mirada parece recalcar la precocidad del muchacho (Fundación Mi Casa, 1965).

En otra escena, captada por dos tomas sucesivas, aflora nuevamente aquello que comprendemos propiamente como «cosas de niños»: el juego. Se trata de tres chiquillos que se divierten simulando un duelo en un puente sobre el Mapocho, quizás imitando una película de vaqueros, tan populares por entonces (FC-8933, FC-8944). En otra imagen, de 1950, un grupo de niños juega frente al cerro Santa Lucía, a la entrada del cine del mismo nombre, acaso fingiendo que practican artes marciales (FB-15419).

Los cines eran un lugar de encuentro para los niños de la calle, no solo porque solían entrar a ver películas (generalmente ingeniándoselas para hacerlo sin pagar), sino también porque en sus inmediaciones podían desarrollar algún tipo de actividad remunerada. Balboni (1960) enumera aquellas salas donde estos niños se concentraban, transformándolos en lugares «propios»: el cine Monumental (Alameda con Bernal del Mercado, hoy Manuel Umaña),

el Balmaceda (calle Artesanos con avenida La Paz), el Capitol (a la entrada de avenida Independencia), el Almagro y el Baquedano (ambos en las plazas del mismo nombre). Se trataba de recintos muy populares, emplazados en lugares de gran circulación de personas, donde estos niños podían practicar «raterías». En el caso del Monumental, Balboni (1960) detalla que allí se desarrollaban «perversiones morales» (p. 28), es decir, comercio sexual. Otros lugares de esparcimiento frecuentados por los niños de la calle eran el teatro Caupolicán, reconocidos locales como Las Cachás Grandes, Il Bosco e Indianápolis, y varias quintas de recreo. También aquí la alta afluencia de público proporcionaba las condiciones ideales para mendigar y robar (Balboni, 1960).



Figura 2. Autor desconocido. Niños fumando, c. 1971. Museo Histórico Nacional, Fondo Zig-Zag/Quimantú, n.º inv. FC-8966.

Cuatro imágenes registran una actividad típica de la calle por esos años, que consistía en colgarse de vehículos en movimiento ya fuera para desplazarse de un lugar a otro o, simplemente, por diversión; se trataba, en el fondo, de un juego, a veces con una función práctica. En una foto de 1945, un grupo de niños se cuelga de dos camiones (FB-15423). En las otras tres, los niños

se agarran de la parte trasera de un transporte de pasajeros. La primera de estas –probablemente una de las fotografías más conocidas de este tipo– data de 1954 y muestra a tres niños, todos con overoles (fig. 3 izq.; FB-15415). Uno de ellos lleva un par de muletas, lo que no le ha impedido trepar un trolebús que transita por calle Compañía. Cuando menos uno está descalzo, y sus pies se aprecian sucios, lo que parece indicar que son niños de la calle. En la segunda, de 1952, tres niñas cuelgan de un bus que luce una corona de flores sujeta en uno de sus costados (FB-15427). La última, fechada en 1970, es de Juan Silva, y en ella se ve a dos niños aferrados a la parte trasera de un autobús, el cual lleva un cartel que dice «Consejo estudiantil», una consigna habitual de esos años, asociada a la participación escolar (fig. 3 der.; FC-8960). No deja de haber ironía en el contraste entre el cartel y los niños. De nuevo, la vestimenta de estos sugiere que, posiblemente, no eran realmente vagos: subir a un autobús de esa forma tan arriesgada parece haber sido una entretención que no se limitaba a los niños que vivían en la calle.



Figura 3. A la izquierda, niños colgados de un trolebús en calle Compañía, Santiago, 1954. A la derecha, fotografía de 1970, de Juan Silva. Museo Histórico Nacional, Fondo Zig-Zag/Quimantú, n.ºs inv. FB-15415 y FC-8960.

Son escasas las fotografías que muestran a niños vagos durante la noche. La iluminación artificial seguramente dificultaba que el registro hiciera notoria la ausencia de luz –algo que Larraín logró en una foto de su serie de 1955, en la que se iluminan los rostros de los muchachos alrededor de una fogata (Sire y Leiva, 2013)–. Sobre todo en las noches más frías, los niños de la calle se concentraban en ciertos lugares para dormir: por ejemplo, en las garitas de los terminales de micros, cerca de las «estufas» (al parecer, los

radiadores de electricidad) de Estación Central, en la plaza Baquedano y en la iglesia de los Capuchinos (Mapocho) (Balboni, 1960). Sin embargo, las fotos más características los muestran durmiendo acurrucados en los puentes del Mapocho (Purísima y Loreto).

Pérez (1949), Gómez (1962) y Lafourcade (1964) hablan de esta práctica grupal de los niños callejeros para conservar el calor, especialmente en invierno, a veces acompañados de perros. En su ya mencionada serie de 1955, Sergio Larraín captó a un grupo de niños amontonados sobre una rejilla de radiador que atraía a los habitantes nocturnos de la ciudad (Sire y Leiva, 2013). Una escena parecida aparece en una fotografía de 1971, aunque la luminosidad y la actitud vigilante de los muchachos dificulta saber si fueron captados de forma imprevista o están simulando cómo pasan la noche (fig. 4; FC-9012).



Figura 4. Autor desconocido. Grupo de niños de la calle preparándose para dormir, c. 1971. Museo Histórico Nacional, Fondo Zig-Zag/Quimantú, n.º inv. FC-9012.

También hay registros de niños bañándose en piletas públicas, desnudos, seguramente en época estival. Una escena se desarrolla en la fuente de agua que existía delante de la iglesia de San Francisco (FB-15422; FB-15433); otra

parece corresponder a la que estaba frente a la avenida Bulnes (FB-15425); una tercera imagen, de 1955, muestra a una decena de niños bañándose desnudos (FB-15414). Hasta las primeras décadas del siglo xx, que los niños pequeños se bañaran sin ropa en las playas y riberas de río no era inusual, sobre todo en los sectores populares. Benito Rebolledo dejó evidencia de ello en varios de sus cuadros. Sin embargo, esta costumbre se fue limitando al avanzar el siglo y, ciertamente, no ocurría en la ciudad. Por lo tanto, es probable que estemos ante una práctica que realizaban, principalmente, los muchachos que vivían en la calle. Las fotografías que conocemos no parecen tener un propósito de denuncia de una conducta impropia, pero una investigación más minuciosa debería dar luces sobre el uso que tuvieron en las revistas donde fueron publicadas, tarea que fue imposible en esta ocasión.

Además de deambular por las calles, mientras las condiciones climáticas lo permitían, los niños vivían en la ribera del río Mapocho, agrupados en pandillas. Varias imágenes los muestran en ese espacio desarrollando labores domésticas, por ejemplo, lavando y tendiendo la ropa para secarla (FC-8947). En otra imagen, el mismo grupo aparece retratado desde un ángulo distinto, mientras uno de los muchachos juega con un perro (FC-8957). Una tercera fotografía, perteneciente a Heliodoro Torrente, capta a un grupo de muchachos en la ribera del

río, quizás apostando o jugando a las cartas (fig. 5; MHN HELTOR-1945-196.2).

Otro aspecto que registran las imágenes analizadas es la intervención institucional en favor de los niños vagabundos. Chamudes y Larraín estuvieron interesados en mostrar los esfuerzos de algunas entidades privadas que se concentraron en ayudar a los niños de la calle, especialmente aquellas surgidas de miembros de la Iglesia Católica y de Carabineros, como



Figura 5. Heliodoro Torrente. Niños en el lecho del río Mapocho, 1945. Museo Histórico Nacional, Colección Torrente, n.º inv. HELTOR-1945-196.2.

el Hogar de Cristo, Mi Casa y Fundación Niño y Patria. Curiosamente, no disponemos de imágenes equivalentes relacionadas con instituciones estatales, como el Politécnico de Menores Alcibíades Vicencio (Rojas, 2018); quizás su forma de financiamiento, dependiente por completo de recursos fiscales, no les permitía hacerse partícipes de campañas para recaudar fondos, como sí ocurría con las privadas. Estas últimas complementaban los subsidios estatales con donaciones y colectas públicas, por lo que, para sensibilizar a la población, cada cierto tiempo daban a conocer sus actividades en revistas de circulación nacional a través de crónicas acompañadas de fotografías (Rojas, 2016, vol. 2).

Marco Chamudes captó el ambiente de la Fundación Mi Casa en una serie que data de 1950, a tres años de su creación. En una foto aparece un grupo numeroso de niños mirando de frente, todos limpios y sonrientes (AF-49-754). En otras se los ve mirando tras una ventana, trepando árboles y escuchando radio (fig. 6; AF-49-760, AF-49-758 y AF-49-761). Claramente, el fotógrafo buscaba enfatizar que la organización funcionaba como una gran familia. Bajo un sistema educativo más adaptado al alto nivel de autonomía y a la escasa valoración de la autoridad propios de los niños de la calle, esta obra de caridad cristiana buscaba ser más efectiva que otras en retenerlos (Ruiz-Tagle, 1983).



Figura 6. Marcos Chamudes. Niños en Fundación Mi Casa, c. 1950. Museo Histórico Nacional, n.ºs inv. AF-49-760, AF-49-758 y AF-49-761.

Sergio Larraín también participó de las iniciativas de promoción de Fundación Mi Casa, haciéndose cargo de las imágenes que ilustran el folleto editado por la institución en 1965. El hilo conductor de la publicación es el contraste entre el niño abandonado, deambulando por las calles y conviviendo en grupo en las riberas del río Mapocho, y aquel que accede a la protección

de un hogar (Fundación Mi Casa, 1965). La foto de portada resulta especialmente perturbadora, pues se trata de un rostro en primer plano, que nos mira de forma enigmática. No hay llanto, pero su expresión devela temor e impotencia, intensificados, quizás, por la presencia de un fotógrafo desconocido que busca enfocarlos. Aun dejando de lado ese contexto, pareciera que hay algo más existencial en su mirada, una interpelación a su condición de marginalidad, que contrasta con la mirada penetrante (Fundación Mi Casa, 1965). En las imágenes de Larraín también se destacan algunas niñas, cuya presencia, por su menor número, pocas veces se menciona, pero que cargaban con un mayor estigma. El fotógrafo colaboró igualmente con el Hogar de Cristo, a cuyo fundador, el sacerdote Alberto Hurtado, captó conversando con niños de la calle.

Varias fotografías anónimas documentan la acción de otras obras de acogida a la infancia callejera. Aunque desconocemos el detalle, las escenas parecen registrar a niños recién ingresados a alguna institución, privada o estatal. En una foto de 1964 aparecen quince niños mirando a la cámara (FB-15426). En otra, de 1960, se ve a once niños —entre ellos, una muchacha— en un hogar de acogida. Varios llevan el pelo muy corto, un signo de que ya habían pasado por una medida preventiva para evitar infecciones (FB-15432).

El corte del cabello lo utilizaba la Policía de Investigaciones para marcar a aquellos que tenían prontuario. Según explica Balboni (1960), se aplicaba a los niños que pertenecían a bandas de delincuentes. No se trataba de un simple corte: el decalvado se hacía de forma irregular, como una manera de identificarlos con facilidad en caso de reincidencia, pero también como una medida vejatoria. En este sentido, quizás se trataba de un vestigio del derecho premoderno (Zambrana, 2018).

Cuatro imágenes de Ismael Álvarez nos muestran a un mismo grupo recibiendo desayuno en alguna institución de protección, posiblemente entre 1970 y 1972. Se trata de una secuencia, pues varios rostros se repiten. En una imagen se ve a once niños, incluyendo a una niña, con tarros «choqueros» (FC-8942). La misma niña vuelve a aparecer en otras dos fotografías similares (fig. 7; FC-8964, FC-8970), mientras que la cuarta imagen representa lo mismo desde otro ángulo (FC-8971). A diferencia de escenas anteriores, acá no hay corte de pelo. Los rostros lucen satisfechos, aunque eso no siempre significa permanencia en la institución. De hecho, las fugas eran habituales: tras recibir alimentación y cuidado unos días o semanas, muchos volvían a la libertad de la calle, al no poder adaptarse a las reglas que se fijaban en esos recintos cerrados.



Figura 7. Ismael Álvarez. Grupo de niños recibiendo alimentación en alguna institución de acogida, c. 1970. Museo Histórico Nacional, Fondo Zig-Zag/Quimantú, n.ºs inv. FC-8964 y FC-8970.

La protección de los niños abandonados por parte de la policía tenía una larga trayectoria, derivada —como vimos más arriba— de que sus miembros eran los principales testigos de la inoperancia del sistema institucional: tras ser recogidos por vagancia, mendicidad o robo, los niños eran devueltos a la calle por los tribunales, a falta de lugares para acogerlos. En las fotografías del MHN hay imágenes de los años 60 que reflejan el esfuerzo de Carabineros por crear hogares de menores y escuelas para niños de la calle, iniciativa de la cual surgió, como vimos, la Fundación Niño y Patria, que llegó a tener presencia en varias ciudades (en una imagen aparece, por ejemplo, la sección de Valparaíso [FB-13477]). Más aun, la organización del escalafón femenino, cuyos primeros ingresos se verificaron en 1962, se justificó, entre otras razones, por la necesidad de incorporar mujeres para que se dedicaran a las labores de cuidado de niños recogidos en la calle (Rojas, 2016, vol. 2). En una imagen que data de 1964 se aprecia a un niño en una comisaría, con una pelota (FB-13465). En otra se ve a un niño pequeño mientras tres funcionarios conversan con él (FB-13476). En la siguiente, un par de funcionarios de Carabineros dan los primeros auxilios a un niño, en 1964 (FC-11705).

Otras tres fotografías resaltan la labor educativa de Carabineros. En la primera, de 1965, se observa a un grupo de niños en una sala de clases junto a su profesor, un carabinero (FB-13561). Algo parecido se ve en otra donde varios niños están en sus pupitres, al aire libre, y un profesor, con su uniforme, enseña a leer (FB-13564). La tercera, perteneciente a Julio Troncoso, data de 1972 y muestra a un joven, quizás un profesor, ayudando a un niño pequeño a usar el lápiz en un hogar de menores de Carabineros (FC-11621).

En algunas fotografías no es posible identificar la institución donde los niños están siendo atendidos. Por ejemplo, una de ellas muestra a un grupo numeroso almorzando en el comedor de un hogar en 1958 (FB-14685). En otra escena, captada por Mario San Martín en 1972, se ve a un grupo lavando tarros (FC-12471). Varias instituciones asignaban a los menores responsabilidades de este tipo.

Las imágenes que muestran la protección de la infancia desplegada por estas organizaciones ofrecen una mirada benevolente de su espíritu y metodologías, destacando la cercanía, el compromiso y el cariño por los niños como valores inspiradores de su acción. Recordemos, por ejemplo, el ya mencionado folleto de la Fundación Mi Casa ilustrado por Larraín, donde se contrastaba el ambiente acogedor de los hogares con el peligro de la calle (Fundación Mi Casa, 1965). Si no fuera por algunos informes técnicos que describen la escasa dotación de profesionales y la ausencia de registro de sus

acciones –que impedía hacer un seguimiento de resultados–, hubiéramos imaginado que se trataba de instituciones ejemplares, dignas de apoyar sin reparos (Rojas, 2016, vol. 2). La realidad era algo distinta, pero las imágenes rehúan esos aspectos.

Las fotografías también eran más cautelosas en registrar aspectos poco edificantes de la vida callejera. Aunque los niños abandonados solían ser asociados al vicio, la promiscuidad y la pérdida de la inocencia –visión que la novela *El Río* presenta de forma descarnada y brutal–, las imágenes que se conservan son, en este sentido, más sutiles.

Pareciera que la estética de la pobreza en la fotografía es más ambigua, llegando a reforzar dicotomías, como la libertad y el peligro de la calle en contraste con el control y la protección del hogar: de un lado, manos y pies sucios, cabellera desgredada y harapos como vestuario; del otro, cuerpos limpios, rostros lavados y sonrientes, pies cubiertos con calzado.

A veces, la imagen parece denunciar la indiferencia de los mayores. Por ejemplo, un registro muestra a un niño muy pequeño hurgando el basurero de un puesto de comida al paso, sin que tres adultos se enteren de lo que sucede, literalmente, a sus pies (FC-8954). El acierto de la fotografía es, precisamente, que resalta una aparente indolencia ante la dramática situación, aunque nadie puede asegurar lo que realmente sucedió en la secuencia real.

En otra imagen, un niño mira hacia el interior de un restorán: podemos sospechar que tiene hambre y, quizás, espera que le permitan entrar para pedir limosna (FC-8945). Otro registro capta a cuatro niños apegados al ventanal de una panadería, observando atentamente el interior (fig. 8 izq.; FC-8965). Una tercera imagen representa a un niño con los ojos clavados en un televisor encendido que se exhibe en una vitrina (fig. 8 der.; FC-8973). Todas ellas tienen en común la carencia, la ausencia de algo deseado. Los niños parecen demandar lo que otros tienen y la sociedad les niega.

¿Qué disposición tuvo el niño frente a la cámara y el fotógrafo? En algunos casos, no logró captar que estaba siendo fotografiado, pero en otros, claramente estuvo más consciente. En su tesis de grado, la asistente social Cecilia Balboni (1960), de la Universidad Católica, describe la desconfianza que mostraban los niños hacia las trabajadoras sociales. Según relata, a ella misma le enrostraron en ocasiones que los utilizaba, por lo que, para ganarse su confianza, evitó tomar apuntes frente a ellos. No sabemos si algo similar pudo ocurrir a los fotógrafos o si su función de registro –asociada a su condición de periodistas gráficos– predispuso más positivamente a los niños.



Figura 8. A la izquierda, grupo de niños frente a la vitrina de una panadería, c. 1971. A la derecha, foto de José Carvajal, c. 1971. Museo Histórico Nacional, Fondo Zig-Zag/Quimantú, n.ºs inv. FC-8965 y FC-8973.

No existen en la colección del MHN fotos asociadas a la vagancia infantil posteriores a 1972 o 1973. Este hecho podría indicar una política gubernamental menos tolerante a su presencia en las calles céntricas de Santiago a partir del golpe de Estado o bien un problema de registro, es decir, que no quedaron imágenes que documentaran esta realidad.

Aunque se encuentre fuera de nuestro campo de estudio, resulta interesante constatar que la única foto publicada en la revista *Solidaridad* para representar la infancia callejera durante 1976 y 1977 no fue capturada en esos años, sino que pertenece a la colección Quimantú. La conocemos porque había sido publicada en *Niños de Chile* (1972) de Cecilia Urrutia, libro que salió con el sello de esa editorial. La imagen muestra a un niño durmiendo en una escalinata y fue reproducida en dos oportunidades en el órgano oficial de la Vicaría de la Solidaridad: el número 8, de la primera quincena de noviembre de 1976, y el número 16, de la primera quincena de abril de 1977 (fig. 9).

Como se puede apreciar, la circulación de imágenes como las analizadas responde a dinámicas complejas y permanece como un campo de estudio poco explorado. Si bien parece lógico suponer que la fecha de producción de una foto corresponde aproximadamente a la de su uso social, en realidad

los factores que inciden en que siga difundiéndose son variados. Como en muchas ocasiones no se indica el origen ni el autor de la fotografía, no es posible sacar conclusiones apresuradas sobre su significado.

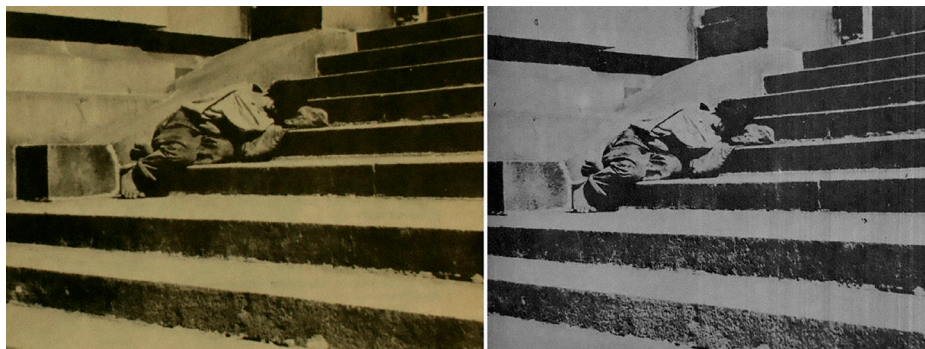


Figura 9. Autor desconocido. Niño de la calle durmiendo en la escalinata de la Biblioteca Nacional. A la izquierda, la imagen reproducida en el libro *Niños de Chile*, de Cecilia Urrutia (1972). A la derecha, la versión publicada en el número 8 de revista *Solidaridad* (noviembre de 1976). Biblioteca Nacional de Chile, n.ºs sist. 285055 y 155.

Conclusiones

La representación visual de la infancia callejera a través de la fotografía nos desafía a descubrir los límites entre lo que el fotógrafo quiere transmitir de esa realidad y lo que efectivamente ocurrió. La utilización de otras fuentes de información, como los informes sociales, los estudios médicos y la novela social, nos permite evidenciar las diferencias, los complementos, los matices y los silencios, así como los prejuicios que se hacían presentes en la documentación consultada.

Nunca podremos conocer realmente lo que se vivió en la marginalidad extrema de esas vidas. El registro gráfico solo nos entrega indicios que deben ser calibrados y evaluados en su propio contexto (tecnológico, social, ideológico, político) para no caer en artificios o simplificaciones. La tarea no es fácil, porque la fotografía, como ocurre también con el cine documental, suele generar la ilusión de autenticidad y contacto directo con la realidad tal como fue. Esa fascinación suele acompañar incluso a los especialistas y estudiosos.

El Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional y, en particular, la selección de imágenes que hemos utilizado para esta investigación entregan la posibilidad de prestar atención a la conexión que surge entre la percepción visual (aquello que nuestros sentidos captan) y las representaciones sociales

(los sentidos que un grupo social atribuye a un determinado signo), así como de tomar conciencia del lugar que ocupan tales representaciones en la realidad y de la brecha que existe entre ambas. En esto, los autores también aportan lo suyo, ya que, si comparamos la obra de fotógrafos como, por ejemplo, Miguel Rubio y Sergio Larraín, es visible que hay atmósferas diferenciadas: aunque en ambos casos se aprecia una especial sensibilidad por los niños pobres, la luminosidad y el tono esperanzador del primero contrastan con el dolor y la melancolía del segundo. Por otra parte, al interrumpir alguna acción —de modo casual o intencionado—, la presencia del fotógrafo provoca una alteración del entorno, pudiendo llegar a generar cierto nivel de preparación de la escena; en otros casos, en cambio, la distancia o la inmediatez dan una sensación de mayor espontaneidad, a tal punto que el observador pasa desapercibido.

Las respuestas a muchas cuestiones asociadas a la fotografía como fuente histórica no residen en las imágenes mismas, sino en su contexto, el cual debe ser conocido para evitar extraer conclusiones erradas. Si bien —como todo registro documental— el fotoperiodismo transmite información objetivable, también conlleva una representación de la realidad que requiere ser descifrada. Sin ir más lejos, la propia catalogación de la colección Zig-Zag/Quimantú es un ejercicio de clasificación bajo criterios subjetivos que deben ser explicados.

La vagancia infantil en los años 60 ocupó el interés tanto de las autoridades como de iniciativas privadas. En el polarizado contexto de la época, la efectividad de las medidas adoptadas fue materia de debate: mientras algunos consideraban que nada había cambiado significativamente, otros valoraban lo realizado, a pesar de sus limitaciones. La coordinación de las políticas públicas siguió en deuda hasta 1973. La propuesta de crear un sistema centralizado que se hiciera responsable de las acciones estatales y ofreciera un espacio para la acción de los privados no llegó a aprobarse en el Congreso y se materializó recién en 1979, bajo el régimen *de facto* que reemplazó al de la Unidad Popular.

El fotoperiodismo ofreció una mirada más humanizada de la situación de los niños de la calle, aunque simplificando lo que allí se vivía. Los informes sociales y la novela ofrecieron un complemento, dando cuenta de las dimensiones más complejas y alejándose a veces de la visión romántica que predominó en los registros visuales. En este sentido, las relaciones de poder entre los niños y la violencia que podían ejercer imprimieron un tono mucho más dramático a los relatos escritos.

Las imágenes revisadas muestran no solo la realidad de los niños en la calle, sino también la acción de varias instituciones dedicadas a su protección. Sobre este tema en particular, el resultado es más previsible, ya que, sin excepción, tales esfuerzos son aplaudidos, proyectando una mirada complaciente del cariño y la dedicación de los benefactores y el personal a cargo. No encontramos en las fotografías atisbo de cuestionamiento o denuncia por las prácticas de cuidado que se utilizaban en su interior.

Sorprende la ausencia de registros visuales que muestren la acción de instituciones estatales. Quizás existan, pero no fueron detectados. Aunque hay varios estudios y reportajes periodísticos sobre las casas de menores y el Politécnico Elemental de Menores Alcibíades Vicencio, en el MHN no se han detectado imágenes de estas instituciones.

Referencias

- Ahumada, J. (1959). *En vez de la miseria*. Editorial del Pacífico.
- Balboni, C. (1960). *La sociedad frente al niño vago* [tesis para optar al título de asistente social]. Escuela Elvira Matte de Cruchaga. Santiago.
- Berestovoy, K. (2000). *El fotógrafo Marcos Chamudes*. Ediciones Altazor - Ediciones de la Universidad Internacional SEK.
- Brandt, J. P. (2020). Dolor y crueldad. El caso de los niños vagabundos en la obra de Sergio Larraín. *Revista Bricolaje*, (6), 66-77. <https://revista-bricolaje.uchile.cl/index.php/RB/article/view/58060>
- Castro, Ó. (1951). *La vida simplemente*. Novela. Nascimento.
- Cavarozzi, M. (2017). *Los sótanos de la democracia chilena, 1938-1964*. Lom Ediciones.
- De Ramón, A. (2000). *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana*. Sudamericana.
- Edwards Bello, J. (1920). *El roto*. Novela chilena. Editorial Chilena.
- Fontcuberta, J. (1997). *El beso de Judas*. Fotografía y verdad. Editorial Gustavo Gili.
- Fundación Mi Casa. (1965). *Mi Casa. My home*. Editorial Universitaria.
- Garcés, M. (2002). *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Lom Ediciones.
- Gómez Morel, A. (1962). *El río*. Novela. Arancibia Hermanos.
- Guzmán, N. (1943). *La sangre y la esperanza*. Barrio Mapocho. Novela. Orbe.
- Hall, S. (1997). The work of representation. En S. Hall (ed.), *Representation: Cultural representations and signifying practices* (pp. 13-74). Sage Publications.

- Hurtado, C. (1964). Los menores abandonados, tema de siempre III. *Mensaje*, (135), 653-654.
- Hurtado, C. (1965). Los niños abandonados y las estadísticas. *Mensaje*, (142), 521-522
- Illanes, M. A. (1990). «Ausente, señorita». *El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio 1890/1990 (hacia una historia social del siglo XX en Chile)*. Junaeb.
- Illanes, M. A. (1993). *En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia: historia social de la salud pública Chile 1880/1973 (hacia una historia social del siglo XX)*. Colectivo de Atención Primaria.
- Inostroza, R. (2006). *Memorias*. Oregon Impresores.
- Kaulen, P. (dir.). (1965). *Largo viaje* [película]. Alberto Parrilla, Alberto Tasselli, Alfonso Naranjo, Enrique Campos Menéndez (prods.).
- Lafourcade, E. (1964). *Novela de Navidad*. Zig-Zag.
- Montero, X. (1967). *La menor vaga (estudio sobre la vagancia infantil en Chile)*. Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Universidad Católica de Chile, Editorial Jurídica de Chile.
- Orellana, A. (1962). *Historias para reír* [fotografías de la obra teatral, estrenada en marzo de 1962]. Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/629/w3-article-157503.html>
- Ortega, V. H. (2014). Un pedazo de cine de Sergio Larraín. *Cine Chile, Enciclopedia del cine chileno*. <https://cinechile.cl/un-pedazo-de-cine-de-sergio-larrain/>
- Pérez Carvallo, D. (1949). *Zoque*. Stanley.
- Pinto, A. (1959). *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Colección América Nuestra. Editorial Universitaria.
- Rodríguez, H. (2011). *Fotógrafos en Chile, 1900-1950. Historia de la fotografía*, Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico.
- Rojas, J. (2006). *Los suplementeros: los niños y la venta de diarios. Chile, 1880-1953*. Ariadna Ediciones.
- Rojas, J. (2016). *Historia de la infancia en el Chile Republicano, 1810-2010*. Ediciones de la Junji.
- Rojas, J. (2018). Internación, experimentación pedagógica y vivencias en el Politécnico Elemental de Menores Alcibíades Vicencio. Chile, 1929-1974. *Humanidades* (Universidad de Montevideo), (4), 51-102.
- Romero, A. (1935). *La mala estrella de Perucho González*. Novela. Ercilla.
- Ruiz-Tagle, A. (1983). *¡Arauco, la bronca!* Editorial Andrés Bello.

- Sire, A. y Leiva, G. (2013). *Sergio Larraín. Vagabond photographer*. Thames and Hudson.
- Urrutia, C. (1972). *Niños de Chile*. Quimantú.
- Vergara, Á. (2022). «Trabajadores pobres e informales»: Economistas, organismos internacionales y el mundo del trabajo en América Latina (1960-1080). *Revista Latinoamericana de Trabajo y Trabajadores*, (24), 1-25. <https://revista.redlatt.org/revlatt/article/view/57>
- Weinstein, L. (1960). Estudio sobre la vagancia infantil. *Revista de Ciencias Penales*, XIX(2).
- Zambrana, P. (2018). La marca como pena en el derecho histórico español: consideraciones sobre su naturaleza jurídica. *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, (40), 645-673. <http://dx.doi.org/10.4067/S0716-54552018000100645>